

yo no puedo ir en el día del ser...  
monstruosa verdad: la voy. Me seduce  
todo esto en las (ciudades), cuando la  
buena intención me acompaña.

Nota, si, que de está forja mía hay  
preco. Todo el mundo mide sus pa-  
sas, y más allá de lo que andan, ei  
ganará ó se dará en la jornada: todos  
antes de meterse con algo, procuran  
ver la salida. Yo la tengo vista, y  
descontado. (Carratón de  
Granada arriba, a la ciudad del or-  
den). Al único lugar en donde se  
puede pensar en serio, y sin dar  
que roír a las gentes, en eso del or-  
den.

Quizá, lo más tífico en mí son mis  
ideas acerca del valor del dinero, y...  
de cosas por el estilo.

Si yo dijera en en esta punto to lo  
que piense asustaría a mucha  
gente. Sin decirlo todo, es muy po-  
sible que asuste a algunas. Desprecie  
profundamente el dinero. Mi desprecie  
a esa señor lo he revelado de  
muy diversas maneras en esta vida;  
unas, gastándote sin misdo; otras,  
abandonándote sin dolor, en momentos  
de cualquier; otras, no persiguién-  
dote con fiebre; otras, resignándome  
heroicamente a la ruina, siempre, es-  
timando a los intelectuales más que  
a los poderosos.

El ahorro, previsión tan reco-  
mendada por los prudentes, por los  
aquilados, me parece una de las  
mayores inmundicias de esta vida.  
Así una de las mayores inmundi-  
cias. Día llegará en que se persiga al  
que ahorra como al que hace moneda  
falsa. Para maliciar es sencilla-  
mente fabricar moneda falsa, sin  
troucas. Ha dicho que «para mí,  
y ahora caigo en que no estoy tan  
solo en esta opinión. Jesús de Gali-  
lea y todos los sociólogos de las  
nuevas escuelas, opinaron lo propio.  
Pero, no se nos hace caso. Vao ju-  
stificado el ahorro sólo a la luz de una  
consideración; como arma defensiva  
en manos de los espíritus débiles, o  
habidos o incapaces para el tra-  
bajo. Pero es el caso que, con un fa-  
cilísimo líquido, eso de ahorrar, se  
quiere hacer pasar por una una vir-  
tud excelsa de los espíritus pruden-  
tes y escogidos. ¡Y no no hay tal vir-  
tud! No es miedo, al vivir, pobreza  
de espíritu, desconfianza en la justi-  
cia de los demás, hombres, confen-  
sion de impotencia y—es el fondo—  
desacorado aprovechamiento de las  
energías agotadas. Para las almas cre-  
yentes; no investiguemos la serie de  
injusticias a la fé que presupone el ejer-  
cicio de esa moral y prudente vir-  
tud del ahorro.

Vajemos del púlpito, que para  
sermón y como muestra basta con es-  
to baston.

¿Sería curioso que yo me ocupara  
de mí como político? Probemos.

Voy a proporcionalizar un desan-  
gajo.

Yo no soy político. Lo parezo, es  
verdad, mas no lo soy. Lo que me  
pasa es que siento la tentación de lu-  
char por las ideas que amo: pero po-  
lítico, como debe serlo... los que lo  
quieren ser, yo no lo soy.

El político debe ser, todo orden y  
método; todo equilibrio; todo fealdad  
y paraeverancia. El político debe  
de aceptar a todos los hombres como  
ellos sean, incluso con sus maldades—  
ya que no hay otra materia prima—  
y debe contar con las malas pa-  
siones de sus acciones, más que con  
las buenas, hasta para realizar los  
planes más selectos y moralizadores.  
Esto parecerá algo paradójico, pero  
lo considero una verdad.

Si toda la labor política se hiciere  
al impulso de las virtudes de los hom-  
bres, iríamos muy despacio por el  
camino del bien. Los odios, las vicias  
las ambiciones inconfesables, las vo-

racas con lasias, todo eso es fuerza  
impulsiva más vital que la de la mis-  
ma virtud, que generalme es extática,  
estúrida y cobardo. El dinamis-  
mo de las malas pasiones es enorme.  
El talento de un hombre político de-  
be consistir, a mi juicio, en hacer  
como que no advierte la existencia  
de las malas pasiones, y en aprove-  
charlas convirtiéndolas en fuerzas  
útil para el bien. En el haz de la vi-  
da pública; como en el de las tierras  
labrantías la cosecha de flores y de  
frutas es ópima bajo el riego de las  
aguas turbias.

Para que para labrar con estas  
ideas se necesita una altísima menta-  
lidad y la superioridad de espíritu  
propia de un dios. Yo he conocido  
un hombre así; pero ese fué único  
y fué ya.

A mí como no fué en el seno de  
un partido, me suceden cosas muy  
raras.

Yo lo mismo muy chocantes

He notado la fácil propensión  
de todo el mundo a sacar a la luz  
del día, en nuestros órganos de opi-  
nión, los arietes de los curas. A mí  
repugna esto creo que los curas, aman-  
do humanamente, ingresan con ha-  
rolismo en nuestra falanga de hom-  
bres sencillos y bizcos. Creo que  
delo que cuando predicán, cuando  
se empeñan en que hay tres personas  
y un solo dios, ó en otra logomanía  
por el estilo.

Me carrea bien que amen, como  
amo yo, como aman todos los hom-  
bres. Me parece mal que enreden que  
intiguen y que exploten la vida en  
nombre de un dios... que fué inven-  
tado con fines más nobles y genero-  
sos... Otro distintivo mío es, «mita-  
tencia».

Mi táctica de gobierno es el des-  
plante desentonado y descalzas. En  
esto soy una verdadera calamidad.  
«Mis desplantes» son proverbiales  
entre mis amigos y conocidos del par-  
tido. Las ineptitudes me irritan y  
exasperan; las habilidades me crispán  
los nervios. Yo no poseo el arte de  
sonreír con sonrisas hipócritas.

El discípulo no es ni fuerte, ni mi-  
flaco. Más que para político serviría  
yo para domador de fieras. Para do-  
mador de hombres reconozco que no  
aprovecho.

Sin embargo; hay que distinguir  
en esto de «mis desplantes». Hay  
quien crea que este es «mi gran de-  
fecto». Yo, en cambio, me lo admiro  
como «una gran virtud». Pasó por-  
que esta virtud no tenga nada de  
«política», pero es virtud al cabo.

Yo, que suelo observar, he no-  
tado que me pareceo al fruto más  
plabayo de la tierra, chumbo. Las  
manos colibras se acercan a mí con  
tanta confianza; para ellas... como si  
no tuviera espinas. En cambio las  
blancas y finas manos de los señores  
euelen clavarse alguna, apenas  
me tocan. Y el caso es que yo, por  
dentro, más dulce que la miel!

Me parece conveniente hacer alto.  
Con lo dicho por mí y con lo que de  
mí sepáis vosotros, sí, que yo lo di-  
ga, podréis forjaros la ilusión de  
lo que me conozcáis. Pero desanga-  
ñaos. Todo ello será pura ilusión.

JOSÉ JESÚS GARCÍA

### CUIQUE SUUM

Un puñado de tierra cubre los res-  
tos mortales del eximio autor de «Qui-  
tolis».

Sobre esa tierra se derraman flores;  
símbolo del grato perfume que sus  
obras esparcieron en el ambiente artís-  
tico social de sus concubitanos.

El pueblo llora a su guía, al que con-  
siguió toda la existencia a nutrirlo de  
virtudes eternas con el pan cotidiano

del periodismo, sacramento laico en e-  
que ponía aquel gran enamorado de  
bien, por un tercio de vida, pedazos de  
su alma.

Murió Pepe Jesús bajo el régimen de  
muerte que la injusticia humana, rese-  
ra a los concubinos de los hombres; lo en-  
venenó la bicuta de la envidia y la en-  
ganza.

En su constante lucha en pro de la  
libertad, el bien y la justicia, encontró  
siempre delante el eterno obstáculo de  
los egoísmos, las ambiciones y las ven-  
ganzas; y esos bastardos, hijos de Plu-  
tón, labraron perseverantes, inviolables  
armas en las borjas del averno, para  
herir por la espalda al honrado pala-  
dín de las buenas causas.

Muchas amarguras hubo de apurar  
gota a gota, de amigos y enemigos. De-  
secciones, desconfianzas, traiciones...  
la gama entera de la ingratitud que  
fermenta al calor de las pasiones y de  
los desordenados apetitos, compañeros  
insuperables de todo apostotado!

Los pesares envenenaron su exis-  
tencia consagrada al amor del ideal; pe-  
sares en él más intensos, porque a fuer-  
za de prodigarse, compartía con todos  
el aieno sufrir; y fueron minando su  
cuerpo las heridas del alma.

Pero, entre el montón de perversos  
que dos legiones sus días, a sí se ron-  
se dos legiones que, de una manera sis-  
temática, cruel, usaron contra él los  
medios más viles que la falsia y el des-  
precho puso jamás en manos de proter-  
vo.

Al uno, lo movía la pasión repugnan-  
te de la envidia y de los celos. Al otro,  
el hambre voraz de la aera o yanza.

Al uno, Pepe Jesús le llamó su ami-  
go y compañero, le dió siempre la prio-  
ridad en las marchas que juntos em-  
prendieron, y le tendió siempre la ma-  
no leal, a pesar de leer la perfidia en el  
fondo de su corazón y a pesar de las  
adverencias que se le hacían, de las  
traiciones de aquel «plácido» caimán.

Al otro, Pepe Jesús lo combatió fran-  
ca y rudamente, en el terreno de la  
moral y del derecho, para salvar a su  
pueblo de las manías carnívoras de  
un cacique insaciable; de un despota  
sin precedentes.

Ambos, se unieron contra Pepe Jesús  
y entre ambos laboraron en la sombra,  
para sembrar de abrojos el camino de  
su vida. Y por arduos trámites fueron  
hoja a hoja, aniquilando el árbol de su  
existencia.

El uno del uno y las insidias del  
otro, hicieron impudible la actuación de  
aquél, como letrado. Una muralla de  
influencias y de calumnias interponía  
se siempre entre Pepe Jesús y sus  
clientes, de una parte, y los tribunales  
de justicia de otra. Y lo mismo le ocu-  
rrió en los demás órdenes de cosas a  
que aplicó su actividad; siempre halla-  
ba en frente la venganza y la perfidia  
de esos dos hombres funestos, que aban-  
daban más y más sus laceras, hasta  
hacerlo caer exangüe en una fosa.

Uno de los dos conjurados bullia en  
las sombras, entre sombras herta sobre  
seguro, aleosamente; por que allí no  
alcanza el poder de las armas nobles; no  
hay que temer el contragolpe del adver-  
sario.

Peró: ¿Quién envidiará a aquel que  
asesina entre sombras?

¡Su galardón, es el desprecio de sí  
mismo!

El otro, soberbio y fiero, vanagloria-  
base de su obra criminal; abusando de  
la enorme fuerza que en sus manos pu-  
so la prostitución política, no hubo  
ruin audacia ni bárbaro desmán a que  
no apelase contra aquel luchador hon-  
rado, hasta el último día en que su  
cuerpo murcillo, se abatió en los senos  
de la muerte.

Peró, al morir, nuestro PEPE JE-  
SUS, nos había redimido!

Al caer en la arena, nuestro amado  
Espartaco, su gladio era tintó en la

sangre del vil cacique defraudador, per-  
dido de Almería.

Hasta su último aliento luchó; y al  
sucumbir, el laurel de la victoria ce-  
ñía su frente. ¡Habla muerto al tira-  
no!

Cuando su cuerpo se dobló, el hie-  
rro de su pluma había herido de muerte  
al cacique Cervantes, tendiéndolo sobre  
el hediondo estercolero de sus delitos.  
¡Ave, tribuno del pueblo!

Hoy el pueblo que redimistes, va a  
derramar flores y lágrimas sobre tu  
tumba. Y te jura, como los antiguos ga-  
llos, batiendo las espadas contra los es-  
cudos, que continuará tu obra salvado-  
ra sin desfallecimientos ni renunciaciones,  
hasta romper el último eslabón  
de la cadena con la que el cunarisimo y  
el caciquismo aherrajan nuestras li-  
bertades y derechos ciudadanos.

Todo nuestro bien es obra tuya. Con-  
tinuémosla.

### Nuevo Panamá

## El Sindicato de Riegos

En una de nuestras últimas di-  
cisiones nos limitábamos de que en  
el Sindicato de Riegos se hubi-  
era cometido la enorme arbitrariedad  
de autorizar a los propietarios de la  
Fuente de Hércul, para que ven-  
drán las aguas, puesto que con esa  
estupenda medida se perjudica gra-  
vemente los intereses de los labra-  
dores de Almería y hoy nos encon-  
tramos con que esa arbitrariedad no  
la cometió el Tribunal, sino el Di-  
rector señor Cassinello y aun en  
contra la voluntad de los Síndicos,  
de que esto es cierto nos responde  
una carta que hemos recibido del  
señor Gil, quien asegura que lejos  
de haber dado su conformidad para  
esa determinación, no sólo se opu-  
so y votó en contra sino que moti-  
vó serios incidentes entre él y el  
director.

No gorros nos sentimos satisfacidos  
en hacer pública la aclaración del  
señor Gil, por que entre otras cosas  
gustamos de dirigir nuestros arpo-  
nazos contra la autoridad que harre-  
na la Ley; como muestra de su pe-  
nita le ocurre al Director del Sín-  
cato.

Con la autorización que el señor  
Cassinello dió en su decreto, a la  
Fuente de Hércul, perjudicó gra-  
vamente a los labradores de Almería  
en tanto beneficio a su familia  
pues o que estos son los mayores  
propietarios de las huertas y si el  
señor Cassinello cree que ese proce-  
der suyo habría de quedar impune,  
se equivoca por cuanto los labrado-  
res lo persiguen en criminalmente,  
con arreglo a las ordenanzas y Re-  
glamentos de esa Corporación.

Ad más EL ARPON combatirá  
esa inmoralidad, como pedirá tam-  
bién cuentas a ese director de los  
miedos duros que debieran haber-  
se invertido en producir agua para  
nuestras vegas y que según los in-  
formes se han evaporado como  
el humo.

Ya sabemos por que al señor  
Cassinello le produce náuseas EL  
ARPON!